

UN ser distinto y extraño, eso es «la nueva Iglesia» que comienza a existir entre nosotros, fatigosamente. Todo es diferente en ella, y hasta los rasgos del Dios que ahora nos ofrece han perdido aquella tradicional dureza y severidad para esbozar un perfil bondadoso. Los anatemas han sido bloqueados, las excomuniones

retiradas del uso y una especie de desarme cívico comienza a imponerse sobre la legión de sacerdotes, religiosos, monjas y prelados, que constituyen la antigua «milicia de Cristo». Ya no hay «apartheid» religioso y todos los hombres son iguales.

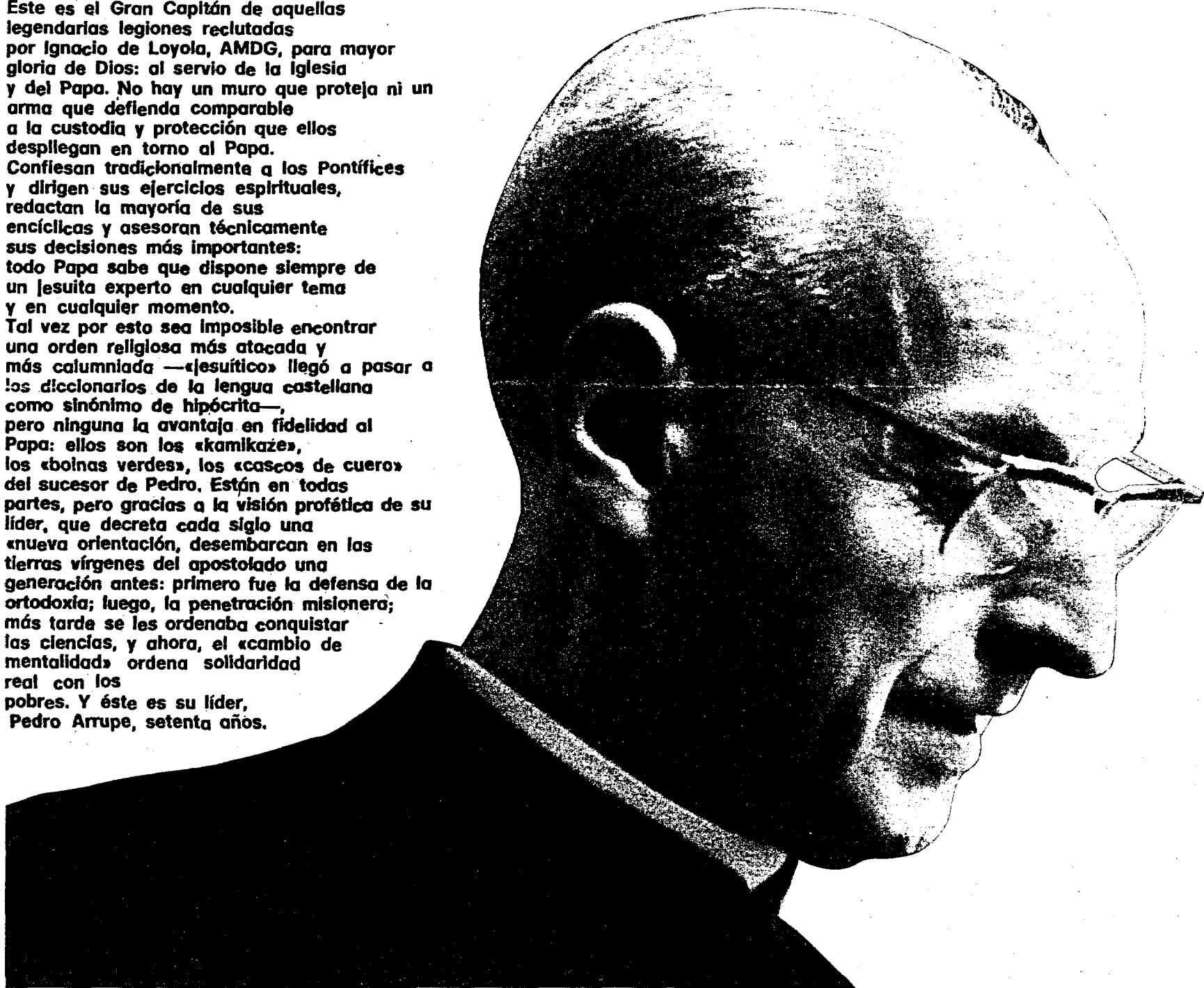
Esta serie es una laboriosa expedición al centro mismo de esa nueva Iglesia en España. Como en el caso del eurocomunismo, también es lícito preguntarse aquí si esa nueva Iglesia no es una estrategia, un puro montaje táctico y por lo mismo provisional.

Nos proponemos abordar a los líderes de esa nueva Iglesia durante varias semanas. Y que nuestros lectores juzguen su autenticidad.

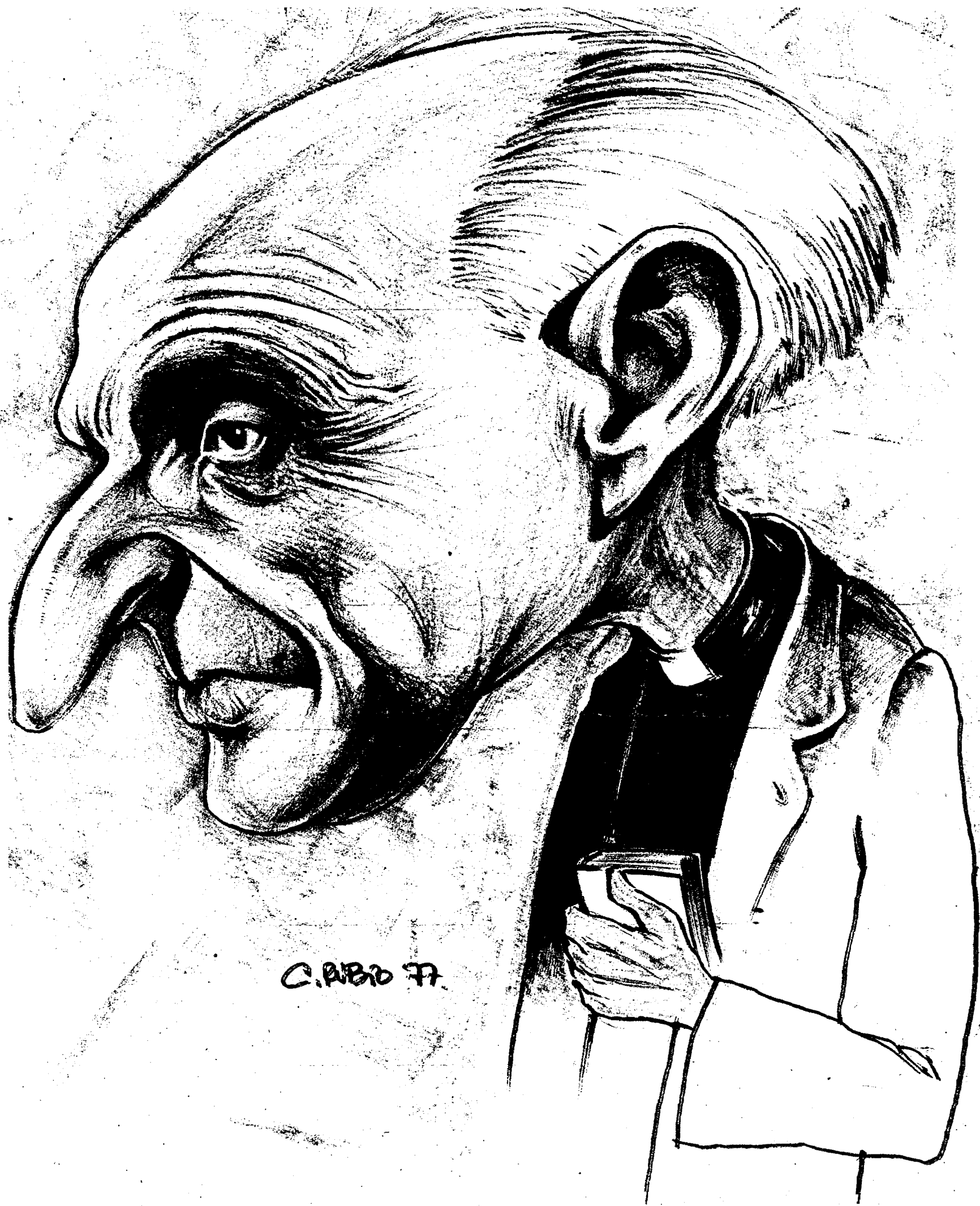
ENTREVISTA CON EL PADRE ARRUPE

PREPOSITO GENERAL DE LA COMPAÑIA DE JESUS

Este es el Gran Capitán de aquellas legendarias legiones reclutadas por Ignacio de Loyola, AMDG, para mayor gloria de Dios: al servicio de la Iglesia y del Papa. No hay un muro que proteja ni un arma que defienda comparable a la custodia y protección que ellos despliegan en torno al Papa. Confiesan tradicionalmente a los Pontífices y dirigen sus ejercicios espirituales, redactan la mayoría de sus encíclicas y asesoran técnicamente sus decisiones más importantes: todo Papa sabe que dispone siempre de un jesuita experto en cualquier tema y en cualquier momento. Tal vez por esto sea imposible encontrar una orden religiosa más atacada y más calumniada —«jesuítico» llegó a pasar a los diccionarios de la lengua castellana como sinónimo de hipócrita—, pero ninguna la avanta en fidelidad al Papa: ellos son los «kamikaze», los «boinas verdes», los «cascos de cuero» del sucesor de Pedro. Están en todas partes, pero gracias a la visión profética de su líder, que decreta cada siglo una «nueva orientación, desembarcan en las tierras vírgenes del apostolado una generación antes: primero fue la defensa de la ortodoxia; luego, la penetración misionera; más tarde se les ordenaba conquistar las ciencias, y ahora, el «cambio de mentalidad» ordena solidaridad real con los pobres. Y éste es su líder, Pedro Arrupe, setenta años.



EL RELIGIOSO YA NO NI UN FORASTERO



ES UN EXTRAÑO EN LA DIOCESIS

El tema que abordamos en primer lugar es radicalmente nuevo y revolucionario en las relaciones religiosos-obispos. Hasta ahora y desde siempre en la historia de la Iglesia, los conventos y las casas religiosas permanecían al margen de la soberanía episcopal; eran una especie de «gibraltar» en cada diócesis. La norma era que el obispo mandaba en todos —clero diocesano, canónigos, feligreses— menos en los frailes y las monjas. so-

ENTREVISTA CON EL PADRE ARRUPPE

metidos exclusivamente a las órdenes de sus superiores. Semejante autonomía contaba con una larga y dura historia de defensa hasta la muerte de la inmunidad del religioso ante el obispo. Pues bien, he aquí que de repente los religiosos deponen su actitud, se hacen cargo de las parroquias, cooperan con el clero diocesano en los planes de trabajo que preparan los obispos; son, en definitiva, un hombre más que se arrima y ayuda allí donde diga el obispo.

—Todo esto no ha sucedido así, de repente. La experiencia viene de atrás, y si hubiese que señalar una fecha para el «cambio de mentalidad» sería preciso situarla en el Vaticano II. Allí fue abordado el tema en todas sus perspectivas, y el nuevo talante de cooperación que ya existía, aunque no se hu-

biese generalizado— aparece reflejado en varios documentos del Concilio. Bajo la luz del Vaticano II, el religioso es contemplado como alguien que toma parte en el cuidado de las almas y en la realización de las obras de apostolado bajo la autoridad de los obispos.

—Hay, por lo mismo, un sitio, un espacio, en la diócesis para el religioso.

—Siempre lo hubo para su misión específica. Ahora se sitúa normalmente el nuevo puesto para el religioso, que ya no es ni extraño ni forastero al trabajo de la diócesis. Antes, para el obispo, eran casi una especie de «ciudadanos inútiles de la patria terrestre».

—¿Se va entonces hacia una unificación, una identificación religioso-sacerdote diocesano? ¿Pierde sentido la vocación típicamente religiosa en función de un mayor servicio a las diócesis?

—Absolutamente, no. El religioso responde a una vocación concreta y específica para vivir con más profundidad y radicalidad el Evangelio. Sin embargo, la identidad particular del religioso no debe ser definida ni primaria ni prin-

cipalmente en términos de «funciones». Los religiosos no son religiosos simplemente por aquello que hacen, aunque este elemento tenga importancia. Ni tampoco pueden ser definidos satisfactoriamente como gentes que circulan en un plano más elevado de perfección. La vida religiosa está fundamentada sobre el ejemplo y la palabra del Señor, como recuerda el Vaticano II. Y es, por lo tanto, una forma particular de vivir la fe con un estilo permanente y dinámico. En resumen, el religioso vive una «metanoia» en el sentido más profundo, esto es, una disponibilidad libre y total para seguir a Cristo, para arriesgar todo por Él. Quiero concretarlo más aún: la vida religiosa es un SI a la invitación del Maestro que siente el cristiano en lo más profundo de su existencia.

—Por lo que usted dice parece que hay que situar ahí la clave de la vida religiosa, en una interioridad y no en una proyección apostólica.

—Para un religioso, la actividad pastoral no constituye su primera razón de ser. Su primera razón de ser se apoya sobre una opción de fe: la fe es el centro mismo de toda su posición y de toda su acti-

● **EL CRISTIANO DEBE COLABORAR HONRADAMENTE Y AL DESCUBIERTO CON EL MARXISMO CUANDO LO EXIJA EL BIEN COMUN**

● **LIQUIDACION DEL «GIBRALTAR» DE LOS CONVENTOS PARA LOS OBISPOS**

● **TRATAMOS DE COLABORAR EN TODA LA LINEA CON LOS OBISPOS ESPAÑOLES**

● **PROCEDEMOS DE LA CLASE MEDIA, PERO VAMOS IMPARABLEMENTE HACIA LA CLASE POBRE**

● **¿QUE OPINA USTED DE LOS JESUITAS QUE SE AFINCARON HACE AÑOS ENTRE LOS POBRES Y SUS CHABOLAS?**





vidad. La vida religiosa integra plenitud y acción en una unidad orgánica y vital, como expresión existencial del gran mandato del Señor, y alcanza por lo mismo, simultáneamente, a Dios y al prójimo. Es ahí, en el empeño por vivir esta experiencia de fe y por conseguir la perfección de la caridad, donde reside esencialmente la contribución específica que dan a la Iglesia los religiosos.

—La inserción del religioso en las obras apostólicas que dirige el obispo, ¿responde entonces a una lógica, a un desarrollo del concepto de vida religiosa?

—Evidentemente. Este espíritu religioso de fe que se expresa en el amor, si bien está proyectado sobre el Pueblo de Dios en su conjunto, se concreta y especifica en el interior de las iglesias locales, de las diócesis. El Vaticano II ha recordado a este propósito cómo en la Iglesia particular —guiada por su obispo al que ayuda el presbiterio— está verdaderamente presente y operante la Iglesia una, santa, católica y apostólica.

—No acabo de ver, sin embargo, la distinción entre religioso y sacerdote, en el plano diocesano de trabajo.

—El religioso tiene una característica distinta, específica. El es testimonio de la fe en el sentido que unifica su actividad y su servicio apostólico. Lleva el Evangelio para que exista en medio del mundo: consecuentemente, su actividad pastoral no constituye su primera razón de ser, aunque está vitalmente unida a su existencia. Pero, además, en cuanto que pertenece a un Instituto —que él representa allí, «in loco»— en su proyección típica, y ese Instituto rebasa los límites de la Iglesia local, tiene también una responsabilidad universal. Se lo explicaré de otra forma: los religiosos tienen una responsabilidad directa e inmediata sobre la Iglesia local en la que trabajan, pero están envueltos al mismo tiempo en la responsabilidad de plantar la Iglesia universal.

—¿Hasta qué punto colaboran los jesuitas con los obispos en las diócesis en que tienen casas?

—Hasta donde les es materialmente posible. Naturalmente, cada uno tiene misiones específicas como religioso. Pero nuestra voluntad de colaboración es absolutamente clara y concreta.

—Por ejemplo, España. ¿Está usted satisfecho de la colaboración jesuitas-obispos en nuestro país?

—Sí. Estamos tratando de colaborar en toda la línea viendo dónde están las mayores necesidades para servir allí. Honradamente, creo que se hace cuanto es posible, y debo decirle que estoy muy satisfecho de esa colaboración. En España estamos buscando, además, nuevas formas de colaboración con los pobres, con los obreros. Recuerdo las escuelas profesionales, los centros teológicos que tratan de irradiar, como los de Comillas y Loyola, una proyección que no es discriminada y clerical exclusivamente; el de fe y secularidad para abordar las cuestiones humanas. Creo que trabajamos bien en España.

—Otra cuestión no menos importante es el acercamiento de los religiosos de diferentes órdenes entre ellos. Por una especie de, permítame, «orgullo de familia» la colaboración y el trato entre las diferentes familias religiosas era di-

fícil. El trabajo en lugares comunes de las respectivas diócesis, parroquias o campañas concretas de apostolado, ha facilitado poderosamente ese acercamiento. Recuerdo a este propósito que, para muchos, usted está considerado como un hombre que une, y abundan los ejemplos. Por citar uno, aún vibra por ahí la profunda conmoción que sacudió los ambientes eclesiológicos cuando, al ser elegido usted preposito general de la Compañía y tener noticias de ciertas tensiones con el Opus Dei invitó inmediatamente al padre Escrivá a reunirse y juntos liquidaron los roces. Probablemente, en esa hermandad se entienda mejor el nuevo talante religioso.

—Yo también lo creo así.

(Pocos conceptos se han devuelto tanto, a nivel religioso, como el de la pobreza. A lo largo de la historia, legiones de intérpretes buscaron argumentos —inverosímiles a veces— para conciliar riqueza y pobreza.

Sin embargo, la Iglesia tiene la obligación de predicar las bienaventuranzas.

Suceda lo que suceda, permanece el hecho de que cuando un re-

Sobre este panorama, la apelación del padre Arrupe a la solidaridad con los pobres, ¿supone una renovación sincera? De otra parte, los jesuitas admiran la santidad del padre Arrupe y aplauden sin regateos sus intuiciones, pero algunos no ocultan a veces cierto desasosiego al ver que las consignas que les envía no se cumplen en toda su extensión.)

—La pobreza ha sido muchas veces un tópico. Cuando usted aborda ahora esta «solidaridad con los pobres», ¿qué pide exactamente a los jesuitas?

—Una nueva manera de ser. Un cambio de mentalidad. Una transformación de nuestro ser, que haga posible nuestro nuevo obrar.

—O sea, que regresamos a un esquema, a un planteamiento de clases sociales. Ir hacia una, abandonando otra.

—Es evidente que existen las clases sociales. Parece igualmente claro que, en general, y por lo que se refiere a los miembros de nuestro Instituto, nuestro ser puede decirse que está definido, fenomenológicamente al menos, en estructuras sociales propias, no de la clase de los pobres, sino de la clase media en una estructura social capitalista. Sobre esta perspectiva, la solidaridad con los pobres implica una experiencia de pobreza indispensable. Quiero insistir en el clasismo social todavía: es cierto que como sacerdotes, como jesuitas, con la gracia de Dios, debemos ponernos por fuera y por encima de toda interpretación clasista o partidista en cuanto ello significa la aceptación de un antagonismo maniqueo o marxista, o el abandono de nuestra misión de llevar a todos a Cristo. Pero no será fácil superar los condicionamientos de clase a que —quizá inconscientemente— estamos sometidos. Para librarnos de ello es «conditio sine qua non» detectarlos dentro de nosotros, primero.

—Hay casos en que ciertos jesuitas, en contra, al parecer, de la opinión generalizada del resto de sus compañeros, eligieron afincarse entre los pobres. La situación ha perdido fuerza ahora, pero de todos modos, ¿cómo se explica y justifican estos hechos?

—Creo que nuestra indispensable forma cultural y nuestro encuadramiento institucional tienden a poner de relieve el valor de lo establecido, en oposición a cualquier orden nuevo, y a fortalecer el orden frente a la convulsión que comporta cualquier nueva distribución. Contra estas dos tendencias han intentado reaccionar muchos sacerdotes y laicos, y naturalmente algunos jesuitas, movidos todos ellos —sin la menor duda —por ideales de innegable cuño evangélico, haciendo suya la causa del pueblo. El primer resultado ha sido, en general, crear tensiones y conflictos dentro de la Iglesia, muchas veces inevitables y fecundos. Pero otras veces, ¿por qué no decirlo?, esas tensiones y conflictos fueron equivocados y contraproducentes, porque introdujeron en la Iglesia el espíritu, e incluso la lucha de clases, atentando con ello a dos notas esenciales de la propia Iglesia: su unidad y su universalidad.

—¿Cuál es la raíz de la pobreza religiosa?

—Cristo. La pobreza religiosa llama al seguimiento de Cristo pobre,

● BUSCAMOS NUEVAS FORMAS DE COLABORACIÓN CON LOS POBRES Y CON LOS OBREROS EN ESPAÑA

● ES IMPOSIBLE QUE PROMOCIONEMOS LA JUSTICIA SI NOS IDENTIFICAMOS CON LOS RICOS

● TRAEMOS UNA SOLIDARIDAD EFECTIVA Y CORPORATIVA CON LOS POBRES

ligioso se une de por vida a un instituto mediante los votos —entre ellos, el de pobreza— asegura al mismo tiempo su futuro. Cuando calga enfermo o desemboque en la vejez, tendrá asegurada una retirada honorable, una habitación soleada donde poder calentar el frío de sus huesos, sin la menor preocupación en adelante por «el pan nuestro de cada día» (tal y como los pobres entienden la palabra «pan»). Por lo demás, esto es justo para quienes destruyeron sus vidas al servicio de un ideal evangélico, de un Instituto. Lo que no evita que aparezcan matices inquietantes cuando se piensa que, sin pertenecer a Institutos, los pobres sin votos son pobres siempre.

ENTREVISTA CON EL PADRE ARRUPE

hoy más especialmente, a seguir a un Cristo que trabaja en Nazaret, que en su vida pública se identifica con los pobres, que simpatiza cordialmente con ellos, y que sale al paso de sus necesidades. De un Cristo, en fin, generoso en ponerse al servicio de los pobres.

—De modo que hay que elegir: o los ricos o los pobres.

—No lo plantearía yo así: Vealo de esta manera: es absolutamente imposible que la Compañía pueda promover eficazmente, en todas partes, la justicia y la dignidad humana, si la mejor parte de su apostolado se identifica con los ricos y con los poderosos, o se asienta sobre la seguridad de la propiedad, de la ciencia o del poder.

—O sea, que se exige esta solidaridad con los pobres, y ese nuevo espíritu de pobreza a todos los jesuitas y a todos los niveles. Que no se trata, digamos, de una solidaridad «afectiva».

—No. Absolutamente, no. Una solidaridad «afectiva» con los pobres se limitaría a una vida religiosa frugal y en dependencia con los superiores. Para éstos cualquier compromiso ulterior con los pobres no sería «negocio» de todos los jesuitas. No. Nos planteamos una solidaridad efectiva y activa. Más aún, corporativa: todos y cada uno y la misma Compañía. Para huir de radicalizaciones, le diré que lo que la Compañía tiene a la vista es una solidaridad corporativa con los pobres, suficientemente general para caracterizar la Compañía, cada provincia, la mayoría de las comunidades, obras y miembros. No es posible descender más a casos concretos: el número de jesuitas que la abracen, la forma y aun el modo, es materia de discernimiento local, que ratificaría yo luego. Pero en todo momento esta solidaridad efectiva con los pobres ha de ser suficientemente masiva para hacerla corporativa y característica de la Compañía.

—Un ejemplo de lo que va a suponer para los jesuitas esta consigna de solidaridad con los pobres. Díganos uno.

—Por ejemplo, será necesaria la experiencia de vivir con los pobres. Todos los jesuitas, al menos por un tiempo, deberán pasar esta experiencia, necesaria, que les ayude a superar los límites que provienen del propio origen social. Esta experiencia será auténtica, y no ilusoria, por lo que estará perfectamente estudiada. Esta radicalidad debe ser tal que exija la inserción en la cultura humana de la región donde se debe ejercitar el apostolado, de modo que los hombres puedan entender la propia fe y ésta informe su vida y su cultura.

—Parece usted muy ilusionado con este proyecto.

—Es para estarlo. Sabemos que la Compañía, para responder a las graves demandas del apostolado de nuestro tiempo, tiene que modificar la práctica de la pobreza. Y la hemos modificado.

—Todavía sobre el papel, ¿no le parece? No va a ser fácil, ni mucho menos, un giro de ciento ochenta grados, como usted exige.

—Mire, ningún principio de hermenéutica, o de exégesis legítima, justifica que continuemos como antes —«business as usual», como dicen en Estados Unidos— contentos con un apostolado uniforme. Se ha dado una nueva orientación, y lo que se necesita ahora es coraje y perseverancia, pero también realismo. La compañía sigue siendo un cuerpo masivo, una fuerza imponente de veintiocho mil hombres dedicados a muchos apostolados: es imposible retirarlos brusca e instantáneamente de sus formas de vida. Muchos de estos hombres, por su edad y temperamento, encontrarán enormes

—Es inevitable una pregunta: ¿Qué piensa usted del eurocomunismo? Su intervención en el aula sinodal, a propósito del «marxismo y la catequesis» ha producido una fuerte impresión, si se tiene en cuenta que Italia parece hipnotizada estos días por una idea fija: la conciliación entre cristianismo y marxismo.

—Era una laguna. En el Sínodo no se había hablado aún del marxismo y me parecía importante traer el discurso a este tema.

—Pero el eurocomunismo asegura, últimamente, que no es ateo; que marxismo y ateísmo no son términos idénticos.

—Mire; si dicen eso, hablan de otro comunismo distinto del que conocemos. El comunismo que co-

hombre mientras que en otros los minusvalora exageradamente. En definitiva, y como dije en el Sínodo, estamos frente a una perspectiva que coloca el centro de la historia en alguien que no es Cristo, sin que ese alguien —a diferencia de Cristo, hijo de Dios— tenga título válido para constituirse en centro de la historia. De modo que para el cristianismo la muerte y resurrección de Cristo, y no una revolución, es el centro de la historia y el destino de cada hombre. De modo que el creyente, desde una actitud realista, no verá en ninguna realización de tipo social la perfección de su destino, pero tampoco despreciará ningún esfuerzo de progreso social.

—El diario vaticano «L'Osservatore Romano» ha recogido los puntos esenciales de su intervención en el Sínodo, en primera página, en el espacio reservado a los comentarios, digamos, de «alta inspiración». En medio de la polémica sobre eurocomunismo y ateísmo, sus ideas suavizan los términos radicales del cardenal Benelli, y parece que señalan un rumbo para el futuro diálogo.

—He tratado, como siempre, de servir a la Iglesia, de ayudar al discernimiento. Se lo resumiré en pocas palabras. Es preciso hacer capaces, a los cristianos, de reconocer sin dificultad lo bueno que hay en el marxismo, que ha hecho presa en una importante parte de la humanidad; pero, al mismo tiempo, es preciso que sepan detectar con claridad y franqueza lo que en ese movimiento nos desviaría de Cristo. El cristiano tiene que sentirse libre y no acobardado ante el marxismo: debe ser capaz de una colaboración honrada y al descubierto, con el marxismo, en la medida y límites que lo exija el bien común, pero no menos capaz de criticar y distanciarse donde lo requiera la conciencia cristiana.

—¿Está usted satisfecho del Sínodo ??

—Sí. En relación con los otros —y he asistido a los cinco—, el que acabamos de celebrar ha supuesto un progreso, un adelanto. El próximo será mejor.

—¿Cómo es usted, y lo parece siempre, tan optimista?

—Digamos que tengo un realismo optimista. Mire, Dios quiere que todos los hombres se salven. Estamos, pues, seguros de la ayuda de Dios.

—Necesito hacerle una foto en color, y aquí no hay luz.

—Pues vámonos a la calle.

Y allí, en la puerta de la Casa General de la Compañía, este Papa Negro —el hombre al que se le llegó a atribuir más poder «silencioso» y secreto que a nadie en el mundo— se queda mansamente inmóvil y quieto, mientras preparo unas fotos en mi máquina. Y ríe como un niño, cuando le grito: «Sonría, padre, que esto es para España.» Más tarde, volvería a encontrarme cuando cruzaba la plaza de San Pedro, camino del Vaticano, absolutamente desapercibido. No es posible dar en Roma con un testimonio más sencillo, y alegre, de servicio a la Iglesia.

Antonio
CASTRO ZAFRA

(Roma, noviembre de 1977)



dificultades en incorporarse hacia la nueva ruta. Pero hacia ahí vamos.

(Hoy, exactamente hoy lunes, 14 de noviembre, cuando transcribo las notas de mi conversación romana con el padre Arrupe, cumple él setenta años. Nació en Bilbao, hijo del director de la «Gaceta de Norte», cursó medicina en Madrid, hacia 1927, para ingresar luego en la Compañía. Estudió y trabajó en Bélgica, Holanda, Estados Unidos —donde tiene su primera experiencia con el Tercer Mundo, al conocer a los «espaldas mojadas»— y Japón. Allí estaba aquella mañana de agosto de 1945, cuando estallaba sobre Hiroshima la primera bomba A; era maestro de novicios, en una casa a tiro de piedra del círculo mortal de la radiactividad. Transformó el noviciado en hospital de urgencia, intentando luchar contra lo imposible y sin reserva alguna. Aquel sol de fuego que arrasó decenas de miles de vidas, y la ciudad, le hizo comprender «que cambiaba el mundo, que nacía una era nueva a la que yo debería asistir como testigo». Y, finalmente, ahí está.)

notemos, y ese que dicen que existe en la fórmula eurocomunista, nada tienen que ver. Entonces, que vengan y que nos lo expliquen, que lo demuestren. Luego, ya veremos.

—A su juicio, ¿cuáles son los elementos más típicos del marxismo que es preciso tener en cuenta a la hora de abordarlo?

—El primero, su existencia. Es imposible ignorar el marxismo, y a partir de cierto nivel de desarrollo intelectual, no es posible dejar de referirse a él expresamente. Otra actitud carece de sentido. De ahí que sea necesario tratar con toda seriedad y rigor una serie de temas que van, desde las relaciones del hombre con Dios —que la mayoría de los marxistas creen que es una proyección ilusoria sin más fundamento que la actual miseria social— hasta el tema de la esperanza de la salvación, terrestre si se quiere, que el marxismo coloca en una clase de hombres, el proletariado, y los cristianos, en Cristo. El marxismo viaja con una contradicción interna total, ya que en algunos aspectos tiende a exaltar al